

Relaciones con el pueblo durante la democracia

Pedro Trigo, s.j.

Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

La relación con el pueblo no comienza en la democracia; por eso antes de analizar los distintos modelos de relación con él durante la democracia que comienza el 23 de enero de 1958, tenemos que analizar como punto de partida la situación que había por esa fecha.



Civiles armados y violentos en Caracas.
COLECCIÓN JUSTO MOLINA. BIBLIOTECA NACIONAL.

TELÓN DE FONDO: LA SOCIEDAD SEÑORIAL

Para entender el telón de fondo tenemos que referirnos a la Venezuela que comienza en la colonia. Aunque a fin del siglo XV en Castilla estaba en auge la burguesía, la mayoría de los que vinieron aquí lo hicieron desde el esquema medieval de señores y siervos. Y así, aunque legalmente las Leyes de Indias reconocían la República de Indios, con comunidades indígenas regidas por sus propias autoridades y con tierras de su propiedad y en su propia lengua, y aunque los indígenas tuvieran desde la reina Isabel el estatuto legal de los labradores de Castilla, que eran ciudadanos libres, de hecho, como se estableció en el régimen de encomiendas, los indígenas encomendados a españoles para que aprendieran a vivir en *policía cristiana*, es decir, en la civilidad de la cristiandad, funcionaban en la práctica como siervos, tratados con despotismo o paternalmente por sus amos pero, en todo caso, con dependencia respecto de ellos.

Ese esquema se endureció con la independencia que, en realidad, no fue más que la emancipación de los españoles americanos respecto de los europeos, pero para seguir siendo ellos señores, quedándose los indígenas sin el resguardo de las Leyes de Indias y desde el liberalismo, sin comunidades ni tierras. Los hacendados hicieron las funciones de los encomenderos, pero sin sus obligaciones legales.

Por eso las constituciones distinguieron entre ciudadanos activos –los criollos–, y pasivos, todos los demás que, como lo dice su nombre, no podían elegir ni ser elegidos. Esto, bajo formas legales diversas, duró hasta las elecciones de 1947, que fue cuando legalmente se acabó la sociedad señorial.

“Estos campesinos con un fuerte sentido igualitario y conciencia de su individualidad constituyeron el mayor contingente en la formación de los barrios y en la transformación de la Venezuela rural en urbana.



Caraqueños en Catia, 23 de enero de 1958.
COLECCIÓN BIBLIOTECA NACIONAL.

LAS CASTAS Y LOS CONQUEROS

El esquema fue más complejo porque por debajo de los indígenas estaban los negros, al comienzo todos esclavos, aunque poco a poco se iba dando el caso de los que, por diversas causas, alcanzaban la libertad, además de los cimarrones. Por encima se encontraban las castas que en la colonia, en la que existía la República de españoles y la de indios, al no estar incluidos en ninguna de las dos, no tenían un estatuto bien definido, lo que daba pie para una gran inestabilidad también psicológica pero, no menos, para cierta movilidad social y autonomía personal en base a la autarquía. Esta autonomía relativa caracterizaba también a los blancos de orilla que, a pesar de su etnia, no poseían el estatuto de criollos por carecer de solar reconocido y tierras o una pensión congrua, además de la educación propia de su rango.

Las castas y los blancos de orilla, a los que se sumaban los negros libres y los indígenas que habían dejado su comunidad son el origen de la clase popular. También habría que contar a los peones de hacienda que, a causa de la conciencia de su individualidad y, por tanto, de su dignidad, no aceptaron el estatuto de peón con la consiguiente discriminación estructural y se iban a terrenos no roturados y los desmontaban y se convertían en conuqueros.

LOS CAMPESINOS SUJETOS PROTAGÓNICOS DE LA TRASFORMACIÓN DEL PAÍS

Estos campesinos con un fuerte sentido igualitario y conciencia de su individualidad constituyeron el mayor contingente en la formación de los barrios y en la transformación de la Venezuela rural en urbana. Fueron a las ciudades no solo en busca de los servicios modernos que anhelaban, sino también en busca de su propia constitución personal: de hacerse a sí mismos, y mostraron un dinamismo que no habían atisbado los intelectuales de la época.

Este es el núcleo fundamental del pueblo moderno venezolano. Dos características serán decisivas para lo que sigue: su sentido de individualidad e independencia personal y su afán de modernidad, por un lado, y

la convivialidad como modo fundamental de relación, por otro. Hay que señalar que la convivialidad, que es un modo de vivir de cara a los demás, no da lugar a un nosotros, sino que es un modo de ajustarse mientras les vaya bien a los que se relacionan en este esquema.

EL PROCESO DE MODERNIZACIÓN Y LOS TRES MODELOS DE RELACIÓN CON EL PUEBLO

En la década de los cuarenta del siglo pasado coexistían tres modelos de relación con el pueblo: ante todo el tradicional, que se basaba en su supuesta minoridad perpetua, lo que en el mejor de los casos daba lugar a una relación paternalista. Tal vez era el mayoritario, pero en cuanto al dinamismo era, claramente, recesivo.

El segundo, característico de gran parte de la burguesía, de buena parte de la clase media y de una parte del propio pueblo, sostenía que el pueblo tenía que ser promovido a nivel técnico y económico, ante todo, porque era un derecho del propio pueblo, además, porque el pueblo tenía condiciones y deseo para promoverse y, tal vez, sobre todo, aunque pocos lo dijeran así, porque era lo más conveniente para dinamizar al país, para que el país entrara por fin en la modernidad capitalista a la altura del mundo que entonces se autodenominaba libre, por contraposición a la Unión Soviética. El teórico más consecuente de esta corriente fue Uslar Pietri, ministro de Medina y líder del movimiento desarrollista durante la democracia. Él sostenía, congruentemente con el capitalismo, que solo quien alcanzara establemente solvencia económica podía ser sujeto responsable de derechos ciudadanos y, más en concreto, políticos. En cualquier otro caso, su voto sería manipulado.

El tercer modelo sostenía que si el pueblo no alcanzaba los derechos políticos no alcanzaría los demás, ya que sus tutores siempre encontrarían pretextos para retrasar la emancipación. Por eso, para la promoción integral del pueblo, exigían el ejercicio inmediato de los derechos políticos. Para eso el pueblo tenía que ser concientizado y organizado.



Rómulo Betancourt junto a la Junta Revolucionaria del Golpe de Octubre de 1945.

SUPERACIÓN DE LA REPÚBLICA SEÑORIAL: DE LA DEMOCRACIA POPULAR A LA SOCIEDAD INTERCLASISTA PASANDO POR EL GOLPE MILITAR

Al fin el voto secreto y universal no se logró por la presión de las masas, sino por el golpe cívico-militar del año 1945.

El que las elecciones del 47 las ganara Acción Democrática con el triunfo más rotundo de la historia electoral venezolana revela no solo el ventajismo de su participación en la Junta que gobernaba, sino mucho más todavía, que ésa era la aspiración sentida de la abrumadora mayoría del pueblo y de no pocos ciudadanos progresistas de los sectores medios.

El derrocamiento del presidente Gallegos el año 48 se explica, en parte, por el sectarismo de Acción Democrática que pensó que él era, sin más, el país; pero también por el poder aliado de los tradicionalistas que creían que el pueblo debía estar siempre abajo, como ciudadanos pasivos, y de los burgueses en auge que convencieron a los militares de que el bochín que se estaba instaurando imposibilitaba el orden imprescindible para el progreso.

En los años de dictadura hubo ciertamente progreso, no se puede dudar de que se sembró la renta petrolera pero esto no bastó para contentar al pueblo, que triunfó en los comicios de 1953 que, sin embargo, no fueron reconocidos, con lo que se patentizó que el pueblo quería democracia popular y que, por tanto, la dictadura no era legítima, no solo por el origen sino también porque no contaba con el apoyo de la mayoría.

Ahora bien, en las elecciones que siguieron al derrocamiento del dictador, Rómulo Betancourt, elegido presidente, aleccionado por lo que había pasado no propuso ya una democracia popular, sino una sociedad interclasista en la que el Estado busca corregir asimetrías (la preponderancia del poder económico) y lograr la colaboración de todos en un proyecto compartido, contando para eso con el pueblo como uno de los sujetos organizados y apoyado por el Estado que, por otra parte, apoyaba también a la empresa, embarcada en el proceso de sustitución de importaciones.

En este proyecto cabían todos los que aceptaran lograr la justicia social en un proyecto comandado por

el Estado progresista, pero bajo régimen de propiedad privada. No cabían los que no habían entrado por el proceso de modernización y estaban anclados en las relaciones de antaño, pero tampoco los que buscaban la dictadura del proletariado y la desaparición de la propiedad privada.

RELACIÓN CON EL PUEBLO QUE PREVALECIÓ EN LAS DOS PRIMERAS DÉCADAS DE LA DEMOCRACIA

El acuerdo y, por tanto, el punto de encuentro fundamental consiste en que el pueblo y el Estado y los partidos representados en él y una parte considerable de la clase media y bastantes de la burguesía coincidían en el proceso de modernización tal como se estaba llevando a cabo.

El pueblo quería modernizarse. Los canales que se le brindaron para lograrlo fueron, ante todo, un trabajo moderno, especializado y congruamente retribuido y capacitación laboral para poder ejercerlo con efectividad; servicios a la altura del tiempo, de educación y salud y, progresivamente, de vialidad, agua y luz; los partidos de masas para participar del orden que se construía; y la cultura de masas: la prensa, el radio y, como novedad de la época, la televisión, medios que en esas décadas fueron realmente progresistas y ayudaron a hacer el proceso, informando y conectando con el hervidero que era el país y, a la vez, con el movimiento del mundo.

Así pues, por primera vez en la historia del país, las fuerzas vivas dieron lugar al pueblo como protagonista en el proceso de modernización que se construía febrilmente y, por su parte, el pueblo organizado por los partidos y los sindicatos se ganó ese puesto por su participación tanto en la instauración del proceso como en su desarrollo. Tenemos que apuntar, por su carácter de novedad histórica, que por primera vez en el país el pueblo fue protagonista junto con las demás clases y, por eso, en esas décadas, todos los venezolanos marchábamos en la misma dirección ascendente, aunque unos lo hicieran, hay que reconocerlo también, en progresión geométrica y otros tan solo aritmética. Por eso fue un tiempo de convivencia no solo en los espacios vecinales, sino en los más anónimos de la ciudad.

“

El paso de la **Venezuela rural** a la urbana fue vertiginoso, de tal manera que incluso muchos caseríos podrían ser considerados como los barrios más extremos de las ciudades...

Quiero insistir, porque me parece una peculiaridad venezolana digna de todo respeto y encomio, que estos procesos modernizadores, sobre todo la dotación de servicios al pueblo a la altura del tiempo fue posible, en buena medida, por la participación vocacional de una minoría de profesionales altamente cualificados y motivados que, en contra de lo ocurrido en otras latitudes, prefirió dedicarse a lo público antes que a lo privado, prefirió la oportunidad de participar en una gesta histórica antes que dedicarse al lucro y al logro particular. Esa relación, que entrañaba un gran respeto al pueblo, no puede ser olvidada.

También habría que decir que una parte significativa de los empresarios venezolanos de aquella época destacaban respecto de sus pares latinoamericanos por la campechanía con sus trabajadores, que derivaba de que los consideraban parte de las empresas que dirigían y de su solvencia y, más elementalmente, sujetos dignos, como ellos.

Tampoco se puede omitir, como constatación complementaria, que conforme avanzaba el período que estudiamos, quienes se promovían y pasaban a la clase media e incluso al segmento más alto de esa clase, pero también el pueblo modernizado, que se sentía intensamente promovido, adoptaban actitudes que evidenciaban el respeto que sentían por sí mismos y la conciencia de sus derechos, de que el país ya era su casa y que podían andar por él con la cabeza alta. Una parte también significativa de la burguesía y, más aún, de los ricos de toda la vida, resentía esa actitud y se quejaba en voz baja, es decir, entre los suyos, de que el país estuviera en manos de *igualados*, de gente que se creía lo que para ellos no era, y se dolía de que, tal como estaba el ambiente y las relaciones de poder, no se los pudiera *poner en su sitio*.

El pueblo, por su parte, aprovechó esos recursos concienciadamente. El paso de la Venezuela rural a la urbana fue vertiginoso, de tal manera que incluso muchos caseríos podrían ser considerados como los barrios más extremos de las ciudades, y no fue un cambio epidérmico, sino que entrañó una verdadera transformación humana cuyos artífices fueron los mismos sujetos populares. En esas décadas no puede hablarse de una intoxicación consumista, que entraña aliena-



ción. Ni tampoco de rentismo, al menos en los quince primeros años, ya que se vivió de la productividad de la sociedad y no de la renta petrolera, aunque ella actuó como incentivo. Fue una transformación histórica querida y llevada a cabo por ellos mismos, un verdadero salto adelante. Podemos decir que fue una gesta histórica.

ELEMENTOS INVOLUTIVOS

Pero, con el paso del tiempo sucedieron tres fenómenos que revirtieron en parte el proceso o, al menos, impidieron que siguiera desarrollándose y dando de sí.

ABURGUESAMIENTO DE LOS PARTIDOS

El primero fue el aburguesamiento de las maquinarias de los partidos que, por el modo de vida y el medio en que eligieron vivir, perdieron contacto orgánico con el pueblo e insensiblemente dejaron de mediar entre las clases y se convirtieron en intermediarios de los de arriba para con los de abajo.

Por eso, del esquema de las relaciones mutuas con el pueblo, tanto ascendentes como descendentes, se pasó al populismo, relaciones verticales y no mutuas en las que se da al pueblo por gracia lo que le corresponde como ciudadanos, a cambio de lealtad partidista, sobre todo a la hora de las elecciones.

No se puede dudar que la sensibilidad popular del comienzo fue perdiéndose y fue ganando peso en ellos la influencia de la burguesía, con lo que esa tensión equilibrada que lograron mantener entre ambas clases se fue perdiendo.

En buena medida la calidad de los servicios se mantuvo, pero ya fue más bien por la presión de los gremios profesionales y sindicales implicados en ellos, así como de los usuarios.

LA OCASIÓN PERDIDA DE LA PROMOCIÓN POPULAR

Estando así las cosas, la campaña de Caldera avivó las esperanzas de relanzar el proceso de relación simbiótica con el pueblo y profundizarlo por su propuesta de promoción popular mediante una alianza con profesionales en el seno del pueblo. La parte más dinámi-



“ El año 1979 fue el primero en que bajó el **poder adquisitivo** de la clase popular. Desgraciadamente no fue un bache, sino el signo de la reversión del proceso histórico emprendido en esas dos décadas.

ca de la juventud de su partido vio en esa propuesta la alternativa a la guerrilla que había fracasado.

Pero, cuando asumió la presidencia, tuvo miedo por lo que entrañaba de movilización popular y la desechó, con lo que una parte de esa juventud se salió del partido y constituyó la izquierda cristiana.

Habría que decir que la sensibilidad elitista no estuvo a la altura de la ideología socialcristiana y, a la hora de la verdad, prevaleció sobre ella. También habría que reconocer que la mayoría de los profesionales socialcristianos no estaban ganados para esa propuesta. Y, más en general, que el partido formaba parte de esa burguesía que se sentía amenazada por el aumento de protagonismo popular, o por lo menos estaba bajo su zona de influencia.

LA ENTREGA AL CONSUMISMO RENTISTA

El tercer fenómeno le incumbió directamente al pueblo: fue el contagio ambiental del consumismo. Es la consecuencia cruzada de la disminución de la pretensión sincera, creativa y esforzada de modernización con justicia social, y de la incitación de los medios de comunicación social que fueron creando una verdadera adicción. Hay que explicitar que el señuelo de la adicción lucía al alcance de la mano por la bonanza petrolera provocada por la convulsión en Oriente Medio. Esa bonanza, aunada a la falta de pretensión histórica, trajo también por primera vez en la democracia el fenómeno masivo de la corrupción a todos los niveles, también al popular.

Eso conllevó en primer lugar, aunque no se viera así, una disminución del proceso de modernización, porque resultaba más sencillo importar. Y la modernización no consiste en revestirse de la modernidad no producida, comprándola, sino en producirla. El apagamiento de la pretensión histórica de crecimiento personal con justicia tuvo que ver con la entrega a la satisfacción que proporciona el consumo.

En ese ambiente, medidas como la comisión tripartita o la inamovilidad laboral agravaron la irresponsabilidad porque, en buena medida, las élites sindicales que participaron de la comisión tripartita solo buscaron mejoras materiales sin atender a la productividad y a

la capacitación laboral para la innovación técnica, y la inamovilidad provocó en no pocos un modo de trabajar descomprometido que no solo desvalorizó a las empresas, sino ante todo a los propios trabajadores.

Y SIN EMBARGO...

Sin embargo, no todo fue rentismo en la segunda mitad de los años setenta. El primer gobierno de Carlos Andrés fue bifronte: en él culminó lo bueno de ese proceso y se inició lo malo que vendría después.

Ya hemos hablado de lo malo. Lo bueno puede simbolizarse en la nacionalización petrolera que, al responsabilizarse de la industria, supuso un aumento exponencial en la subjetividad del país, incluida la clase trabajadora; y en el plan de becas Mariscal Ayacucho que resultó exitosísimo, lo que suponía que la educación del país, a todos los niveles, estaba a la altura del tiempo histórico y que los becarios, no pocos de ellos de extracción popular, mantenían la aspiración a la excelencia.

DESPUÉS DE DOS DÉCADAS EL PUEBLO VOLVIÓ A BAJAR Y LOS DE ARRIBA SIGUIERON SUBIENDO

El año 1979 fue el primero en que bajó el poder adquisitivo de la clase popular. Desgraciadamente no fue un bache, sino el signo de la reversión del proceso histórico emprendido en esas dos décadas. Y esto es tanto más significativo cuanto que los precios del petróleo se habían disparado por la guerra entre Irak e Irán. El año 1982 tuvo lugar el *viernes negro*, es decir, el día en que el bolívar empezó a flotar, es decir, a caer. Una década después la caída sería estrepitosa.

¿Qué había pasado? Que el proceso de sustitución de importaciones había tocado techo, que el esfuerzo del gobierno de Carlos Andrés de lograr una reestructuración de la industrialización en base a las ventajas competitivas derivadas del petróleo y de las industrias básicas del hierro y el aluminio y de una agricultura intensiva y tecnificada, no había tenido el desarrollo esperado, en gran medida porque se había perdido en la burguesía y en el Estado esa tensión histórica y se había caído en la adicción al disfrute, al *ta barato; dame dos*.



CENTRO GUMILLA, 2008.

Esta adicción al consumo, sin pasar por el esfuerzo denodado de aumentar la producción y la productividad, provocó el abandono del pueblo, que fue sacrificado por la burguesía y los partidos para mantener ellos la fiesta. Porque como el dinero no llegaba para todo, dejó de llegar para el pueblo. Los servicios se deterioraron vertiginosamente: no se reparó la vialidad popular, empezó a faltar el agua, no se construyeron escuelas ni puestos de salud, falló la dotación de planteles educativos y hospitales, y la calidad del servicio iba bajando hasta llegar al abandono práctico del pueblo.

Todo se puede resumir en que, si en las dos décadas pasadas todo el país fue en la misma dirección ascendente, ahora, igual que había sucedido antaño, los de arriba seguían yendo para arriba y los de abajo volvieron a ir para abajo. Este es el cambio en la relación con el pueblo. Un cambio cruel porque después de haber experimentado el pueblo que era protagonista de la modernización del país y de sentirse, por eso, en la escena pública como en su casa, después de sentir que iba realizando sus sueños y que iba creciendo en los distintos aspectos de su ser como persona y como ciudadano, era terrible verse progresivamente dejado de lado, mientras seguía la fiesta de los de arriba.

La consecuencia más terrible es que el pueblo perdió la esperanza. Un campesino que llegaba a un barrio a principios de los sesenta llegaba sin nada, pero con un gran sueño, no solo de llegar a tener, sino de llegar a ser, y sabía que el horizonte estaba abierto y que el logro sería cuestión de tiempo. Ellos iban a vivir mejor que sus padres y sus hijos vivirían mucho mejor que ellos. Y así sucedió en muchísimos casos. Pero ahora era al contrario: retener el estatus alcanzado era lo máximo a que se podía aspirar y sus hijos tendrían que luchar muchísimo para no bajar y la mayoría acabaría bajando.

Lo que le habían dado al pueblo para potenciarlo al comenzar el proceso, ahora había cambiado de signo: cada día escaseaba más el trabajo productivo y estaba peor pagado. Los partidos habían dado la espalda al pueblo. La burguesía lo desconocía y lo despreciaba. Los medios de comunicación social lo envilecían y, por medio de la publicidad pretendían sacarle, para que lo gastara en basura, lo indispensable para las necesidades mínimas.

“ En la década de los setenta y ochenta, una parte minoritaria pero muy generosa y creativa de la **institución eclesiástica** se encarnó en el pueblo, incluso no pocas comunidades de la vida religiosa se insertaron en su seno como vecinos para **evangelizar** desde dentro...

EL TIEMPO DE LA IGLESIA LIBERADORA Y DE LA SOCIEDAD CIVIL: RELACIONES SIMBIÓTICAS EN LA CASA DEL PUEBLO

Sin embargo en este tiempo el pueblo venezolano contó con algunos aliados.

En la década de los setenta y, más todavía en la de los ochenta, una parte minoritaria pero muy generosa y creativa de la institución eclesiástica se encarnó, como se decía, en el pueblo, incluso no pocas comunidades de la vida religiosa se insertaron en su seno como vecinos para evangelizar desde dentro, de tal manera que lo que decían era la verbalización de lo que hacían y el horizonte hacia el que caminaban e invitaban a caminar. Desde el descubrimiento de que Jesús de Nazaret fue el Mesías pobre de los pobres y en ellos de todos y que por eso la Iglesia tenía que ser la Iglesia de los pobres y en ellos de todos, se dedicaron a sembrar esa vivencia cristiana y esa Iglesia mientras recibían la compañía agraciadora de esos nuevos hermanos.

Realmente que ese pueblo evangelizado se puso a valer y se convocó, se puso en pie y en marcha. Nacieron muchas iniciativas que mejoraban la vida (cooperativas de ahorro y crédito y de producción, educación de adultos, educación para el trabajo, grupos de ayuda familiar, dispensarios, clínicas jurídicas...) y, sobre todo, potenciaban a las personas y las cualificaban en grupos de muy diversa índole y en comunidades.

Con estos grupos y comunidades tomaron contacto cristianos solidarios y se fue entablando una verdadera alianza entre gente popular y no popular en el seno del pueblo.

En parte desde estas fuentes cristianas y en parte desde otras inspiraciones, surgieron muchas iniciativas de la sociedad civil de apoyo a la causa popular: organismos de promoción económica y social, de concientización y solidaridad de muy diversa índole, entre los que destacan los de derechos humanos que, a medida que se deterioraba el Estado de derecho, tuvieron un papel bien relevante.

Entre esos grupos hay que destacar a grupos de izquierda. En las décadas pasadas la izquierda marxista tradicional se había apoyado, sobre todo, en clases medias ilustradas (la segunda Ilustración) y solo había tocado al pueblo en pequeñas células obreras comu-

El presidente Rafael Caldera durante su segundo gobierno (1994-1999) junto a Teodoro Petkoff, su ministro de Planificación (Cordiplan, 1996-1999).



nistas. Sin embargo, en este tiempo entra bastante gente del pueblo, sobre todo a través de grupos culturales. Siempre fueron muy minoritarios pero lograron una cierta penetración, la mayor del siglo, porque tocaban aspectos concretos de la vida de la gente y hacían propuestas positivas de cualificación y expresión. El límite fue que en vez de tratarse de una alianza estratégica, ese modo de trabajar era más bien una táctica para implantarse y concientizar a la que seguía una implosión del grupo para *agudizar las contradicciones*. El resultado no era la insurgencia revolucionaria ingenuamente esperada por ellos, sino la frustración de esos jóvenes populares que se habían sentido realmente motivados e ilusionados.

LA ÚLTIMA ESPERANZA, FRUSTRADA, DE COMPROMISO POPULAR

La propuesta electoral de Rafael Caldera, salido de Copei y rodeado del *chiripero*, fue la última esperanza de retomar la senda perdida y dar de nuevo al pueblo un puesto protagónico. Pero el mal manejo de los distintos sectores echó a perder esa última oportunidad.

Ante todo, el poco margen de maniobra de que disponía el gobierno porque el petróleo llegó a bajar a menos de ocho dólares (como en su primer gobierno), hecho que tenemos que tener muy presente porque la renta no llegaba ni para pagar la nómina.

Después, la ceguera de Acción Democrática, ante todo por la arrogancia de Carlos Andrés que creyéndose ungido por el pueblo abandonó la política, insostenible ciertamente, de subsidios sin potenciar los servicios del Estado al pueblo ni compensar de ningún modo al pueblo y, después, en el período de Caldera que consideramos, en su hora más negra bajo la funesta conducción de Alfaro Uceró que, atento solo a su clientela, impidió la reforma de la administración pública que había propuesto el ministro Petkoff, que habría dinamizado al Estado y, consiguientemente, atendido al pueblo.

Más influyente fue todavía la ceguera culpable de la burguesía que, fuera de excepciones, ya había perdido ese contacto con sus trabajadores y ese respeto al pueblo que tuvieron no pocos de sus mayores y,

sobre todo, la ceguera de los medios de comunicación, empezando por los dos canales hegemónicos de televisión que, para dirigir ellos los acontecimientos, sembraron la antipolítica como matriz de opinión, realmente suicida.

Y, no menos, contribuyó a que la ocasión se perdiera la pequeñez de los líderes de los partiditos de izquierda de la coalición, incapaces de ver lo que se ventilaba en esa hora porque estaban más atentos a reclamar y usufructuar la pequeña cuota de poder que creían les tocaba por su participación en la victoria de Caldera.

El siglo acababa con el pueblo derrotado, excluido y sin esperanza. Aunque una minoría había crecido mucho en conciencia, capacidad y organización, con el estímulo de la alianza a que nos hemos referido.

PRINCIPIO Y FIN DEL RECONOCIMIENTO DEL PODER DE BASE Y DE LA ALIANZA ENTRE GENTE POPULAR Y NO POPULAR EN LA CASA DEL PUEBLO

La campaña electoral que cerraba el siglo contenía una novedad que abría el panorama a la esperanza. Era la presencia del indultado teniente coronel Hugo Chávez que, dejando las intentonas militares, había optado por los votos para llegar al poder, al que aspiraba resueltamente. Se presentaba como el sepulcero de un régimen de partidos que agonizaba y como iniciador de un ciclo de democracia directa, centrada en el pueblo preterido y en los cauces de la cultura popular.

Desde el comienzo sorprendió la capacidad de interlocución con la gente popular a la que llegaba de una manera concreta, reconociendo a las personas de manera que ellas se sintieran realmente reconocidas, eso tanto en las concentraciones de masas como en el tú a tú interpersonal o en grupos. Pero también tuvo capacidad para ponerse en el lugar de otros grupos y tratarlos en su lenguaje y refiriéndose a sus expectativas. Más aún, se mostró capaz de asesorarse y absorber como una esponja los insumos técnicos que recibía, incorporándolos a su discurso y propuesta.

Un prospecto así lucía imbatible, tanto para los que querían pasar la página a los últimos veinte años, como



“ En la sociología derivada de Weber se llama **líder carismático** a aquél que logra convencer al pueblo de que lo representa realmente porque sus intereses son los del pueblo, porque él mismo es como la encarnación del pueblo...

para los que aceptaban positivamente su propuesta de democracia directa popular. Al ganar las elecciones, comenzó con un discurso inclusivo, aunque situando inequívocamente al pueblo en el centro de su política.

Algunos captamos que no había dejado de ser militar y que, por tanto, no podía concebir ni la pluralidad de poderes en el Estado ni el carácter deliberante de la sociedad de la que él era, aunque no lo reconociera, mero mandatario.

Sin embargo, comenzaba oyendo y tratando de apagar las alarmas, a la vez que puso en marcha un plan muy ambicioso y minuciosísimamente diseñado de rehabilitación integral de barrios, que habían rechazado los gobiernos anteriores, porque sus protagonistas eran los propios pobladores constituidos en empresas, con la alianza de profesionales competentes que aceptaban trabajar para ellos en su medio y con la participación de los ministerios y los municipios, pero tramitando todo en los propios barrios bajo la figura de los consorcios. El programa era tan ambicioso y cumplía tan a la perfección la figura de la alianza entre gente popular y no popular en el seno del pueblo, que era el horizonte alternativo con el que soñábamos, que lo apoyamos resueltamente.

El éxito fue tan fulgurante que en ese año inicial se constituyeron ciento ochenta consorcios. Eso evidenciaba que la alianza a la que nos referimos en un acápite anterior había preparado el terreno para que fuera posible esa explosión organizativa, sin precedentes e impensable para los que no habían estado al tanto de lo que se estaba gestando en los barrios. Realmente que nos encaminábamos a un capítulo nuevo en la historia del país, en sintonía con experiencias que se estaban realizando en otros países hermanos, entre los que habría que destacar a los pobladores de barrios de Lima.

Sin embargo, equivocadamente, el Presidente presintió que el poder del pueblo organizado, poder realmente de base, le quitaba poder. Y sus aliados, tanto los compañeros militares como los grupos comunistas de la vieja guardia de la UCV que eran sus grupos de referencia lo confirmaron en su prevención, porque ninguno de los dos fueron capaces de ver la trascendencia de lo que estaba naciendo, tanto el poder de base organizada, como la alianza con profesionales altamente cualificados que reeditaban en coordenadas

inéditas la participación que tuvieron en el proceso de modernización del país hasta fin de los años setenta.

El resultado fue que el proyecto, tan promisorio, se desmontó, y desde entonces ninguno de los modelos organizativos que ha promovido el Gobierno fueron auténticamente de base, sino conforme a la doctrina de la vieja izquierda, correas de transmisión para bajar a la base lo decidido en los comités centrales y en último término por el secretario del partido; eso, reciban el nombre que reciban tanto las instancias centrales, como el secretario general, como las células supuestamente de base.

Eso no significa que no queden hasta hoy grupos realmente de base que el Gobierno ha preferido no tocar porque capta su prestancia y los tiene como aliados porque se proclaman dentro del proceso pero que, en realidad, apoyan al Gobierno porque el Gobierno los apoya a ellos.

EL PUEBLO ENCANTADO POR UN LÍDER CARISMÁTICO

Si no se puede hablar ya de poder de base ni de alianza entre gente popular y no popular en el seno del pueblo ¿cómo han mantenido los sucesivos gobiernos presididos por Chávez la hegemonía respecto del pueblo?

La respuesta no deja lugar a dudas: se debe al liderazgo carismático del líder. En la sociología derivada de Weber se llama líder carismático a aquél que logra convencer al pueblo de que lo representa realmente porque sus intereses son los del pueblo, más aún, porque él mismo es como el universal concreto del pueblo, como la encarnación del pueblo. Esto ha sido afirmado así por el propio Presidente en múltiples ocasiones: Chávez es el pueblo, más aún, el corazón del pueblo, que es como decir de la patria. La consecuencia es que yo, cualquier persona del pueblo, soy Chávez y todos somos Chávez. Según el propio líder eso sucede porque Chávez ama al pueblo, lo ama personalizadamente. Por eso lo conoce y busca su bien. De ahí la correspondencia pedida: amor con amor se paga.

Ahora bien, en el caso de Chávez el poder casi ilimitado de sugestión, más todavía, de encantamiento, se apoyaba en su capacidad realmente monstruosa de circunlocución: a lo largo de esos quince años él habló



PDVSA, 2005.

“ Las misiones fueron la materialización de que el pueblo tenía quien **velara por él**. Y así, al hacer efectivo su discurso lo convalidaban y legitimaban al **líder**.

personalmente con millones de venezolanos y además tuvo la habilidad para hablar por televisión de manera que muchísimos espectadores populares sintieran que les hablaba personalmente a ellos mismos. Este don inaudito fue el capital de Chávez.

Ahora bien, ese capital ¿lo invirtió o lo malgastó? Hemos comenzado expresando nuestro convencimiento de que comenzó más bien positivamente. Y eso se debió a que se abrió a recibir las informaciones de los expertos y, en ese sentido, a que escuchó. Y hay que reconocer que también tuvo una capacidad excepcional para captarlas.

Su desgracia vino de que él mismo se dejó a su vez encantar por otro líder carismático: Fidel Castro. Le tuvo veneración. Llegó a sentirse su hijo, su heredero. Y desgraciadamente, a esas alturas de la historia no había duda de que Fidel era un líder fracasado que había llevado a su país a la ruina de la que penosamente le está intentando sacar, a base de pragmatismo, su hermano Raúl.

Desde ese momento se cruzaron dos tipos de sensibilidad y de discurso: el carismático y el ideológico. Es claro que este segundo no pegó en el pueblo venezolano. En contra de su líder, que llegó a pensar en un solo gobierno para Cuba y Venezuela, la base popular chavista no quería saber nada de Cuba. La expresión más evidente fue su derrota en el plebiscito para reformar la Constitución debida a que un gran sector del pueblo chavista, no queriendo renegar de su líder, pero no estando dispuesta tampoco a seguirlo por ese camino, se abstuvo.

Por eso él, obsesionado por el proyecto y persuadido por sus camaradas aliados de que el pueblo no tenía conciencia de su verdadero bien y que tenía que ser llevado a él a remolque, siguió tercamente implementándolo, pero alternando ese discurso ideológico con el carismático, que era la fuente de su legitimidad.

Sin embargo, como no había resultados tangibles el pueblo se iba cansando. Entonces, después del golpe de Estado, para volver a atraer al pueblo, vinieron las misiones.

Muchos, resentidos con el pueblo por su apoyo a Chávez lo acusan de no tener personalidad y dejarse, por eso, manipular por él. A este respecto habría que decir dos cosas. La primera, que Chávez no fue un

manipulador de oficio: él se creía lo que decía. Además, sus dotes carismáticas fueron tan absolutamente excepcionales que no creemos que tenga parangón en la historia de nuestra América. Pero, en segundo término, habría que añadir que a diferencia de otros líderes carismáticos, por ejemplo Hitler, con quien se lo ha comparado, no hablaba solo a las masas, sino que se caracterizó por su interlocución directa y continua con la gente popular; más aún, porque su lenguaje a las masas, en sus mejores momentos, era igualmente concreto y en los términos de la cultura popular. Además, obviamente, de que a pesar del carácter beligerante, incluso guerrillero de su discurso, no eliminó físicamente a sus opositores, no mandó matar a nadie, que no es poca cosa en alguien que dispuso de tanto poder.

Lo decisivo, a nuestro modo de ver, fue que el pueblo se sintió personalmente reconocido por él; más aún, dignificado con su relación continua con él. Si, como sucedió en las dos primeras décadas de la democracia, el pueblo se hubiera sentido reconocido por la sociedad y por los órganos del Estado, el reconocimiento del Presidente no habría sido tan apreciado ya que la demanda, tan humana, de aprecio estaba fundamentalmente satisfecha. Pero, como hemos insistido, el pueblo se sentía completamente desasistido, más aún, sacrificado por los de arriba como se evidenció, por ejemplo, en la reacción desesperada del Caracazo. Por eso apreció el reconocimiento de Chávez de manera tan determinante que por él fue capaz de tragarse tanta ineficiencia y corrupción.

UNA RENCOROSA BURGUESÍA LLEGA HASTA EL PARO PATRONAL, EL PETROLERO Y EL GOLPE DE ESTADO. RESPONSABILIDAD DE LOS MEDIOS

Ya dijimos que Chávez empezó de modo más bien positivo, aunque luego se ideologizó. También habría que subrayar paralelamente que la burguesía no varió la relación que había mantenido con el pueblo en las dos últimas décadas: no fue capaz de abrirse a la novedad de Chávez para disuadirle de emprender otros caminos, al asumir la responsabilidad social empresarial y aceptar cordialmente participar en una democracia social. Al contrario, consciente de su debilidad ge-



CENTRO GUMILLA, 2008.

rencial trató de precipitar su caída sin importarle ningún medio.

El paro patronal, al que se sumó el paro petrolero, fue su desafío abierto al gobierno de Chávez ya que trató de estrangular al país. Al cerrar la oferta de trabajo y de bienes, sobre todo los de consumo, que afectó obviamente, sobre todo, al pueblo, trató de sacar a Chávez a costa de la vida de la gente. Preveía que la gente se iba a poner en contra de Chávez y no en contra de ellos que estaban provocando esa situación insostenible.

Lo que sobrevino fue el golpe militar que puso en la presidencia al presidente de la patronal que se portó como lo que era y no como una alternativa superadora. Por eso el ejército con el apoyo de gente popular, volvió a reponer al Presidente.

Hay que resaltar que los que tuvieron mayor responsabilidad en esa escalada de violencia que llevó hasta el golpe fueron los dueños de las dos cadenas de televisión de más audiencia. Ellos actuaron como poderes en la sombra que pretendían direccionar los acontecimientos. Más aún, en casa de uno de ellos se fraguó el golpe.

Hay que subrayar el componente antipopular de esa escalada antichávez. Así culminaba esa dirección egoísta y suicida. Obviamente que no podemos meter a todos en esa dirección, pero sí hay que reconocer que fue una dirección institucional y que por eso fue lógico que se nombrara presidente provisional al presidente de Fedecámaras. Y es muy triste que lo acompañara el presidente de la CTV, supuestamente, de los trabajadores.

MÉRITO Y LÍMITE DE LAS MISIONES

El salvavidas que encontró Chávez, sugerido y gerenciado por los cubanos, fueron las misiones. Ellas fueron la concreción de ese reconocimiento de Chávez al pueblo. La prueba de que Chávez los atendía era que tenían médicos en su mismo ambiente: Barrio Adentro, aunque estuvieran en el límite exterior. Lo mismo podemos decir de las misiones educativas o de la misión milagro o de los operativos para la regulación de los documentos. Luego vendrían los operativos para vender alimentos de primera necesidad a precios rebajados, que se llamaron solidarios, y los organismos para dis-

“ Se intentó cambiar los modos y las relaciones de producción. Y así surgieron de la noche a la mañana muchos miles de **cooperativas y otros grupos autogestionados**. Sin embargo, como no surgieron de manera orgánica fracasaron estrepitosamente...

tribuirlos al pueblo permanentemente. Y muchas otras misiones más.

Las misiones fueron la materialización de que el pueblo tenía quien velara por él. Y así, al hacer efectivo su discurso lo convalidaban y legitimaban al líder.

Pero como eran más bien operativos prolongados, a la larga mostraron su ineficiencia de fondo. La salud no ha mejorado sustancialmente porque los hospitales siguen desasistidos. Tampoco la calificación profesional ni laboral del pueblo porque la educación impartida es de muy baja calidad. Y lo mismo podemos decir de lo demás. El Estado es altísimamente ineficiente y no puede no serlo porque el personal no se contrata en base a meritocracia, sino dicho expresamente por el Presidente, por ser *rojos rojitos*. Quien pierde a la larga es el pueblo a quien por razones ideológicas se le niega el acceso a servicios a la altura de la hora histórica.

El Presidente puso el dedo en la llaga de necesidades sentidas por el pueblo, pero el modo de atenderlas no podía llegar a satisfacerlas y, de hecho, el remedio fue peor que la enfermedad.

En definitiva se recayó en el esquema del populismo: dar por gracia y a pequeñas dosis absolutamente insuficientes, a cambio de fidelidad, lo que se debe al pueblo como ciudadanos sin más y no de segunda, a pesar del proclamado carácter popular.

INTENTOS DE PRODUCCIÓN SOCIALISTA. EL PUEBLO PRODUCTOR

Sin embargo, era obvio que ese esquema no podía ser llamado socialista ya que el pueblo era el receptor de la ayuda del Estado que aparecía como el Gran Padrino del pueblo con lo que, a pesar de la retórica, se subrayaba su minoridad y a pesar de los avances puntuales que experimentaban, se la acentuaba.

Por eso se intentó cambiar los modos y las relaciones de producción. Y así surgieron de la noche a la mañana muchos miles de cooperativas y otros grupos autogestionados. Sin embargo, como no surgieron orgánicamente, es decir, por un proceso endógeno de calificación para el trabajo y organización empresarial, fuera de excepciones que confirman la regla porque nacieron de grupos consolidados, fracasaron estrepitosamente no pocos sin llegar realmente a nacer. Además



de la falta de preparación no hubo rendición de cuentas y eso fue mortal no solo para la defunción de las empresas, sino más todavía para la degradación moral de quienes se llevaron irresponsablemente *los riales*.

Como era un objetivo insoslayable en el esquema socialista por el que se autodenominaba el régimen, se siguieron ensayando nuevas formas de propiedad y gerencia social que en realidad acababan siendo estatal y por eso fracasaron como empresas y las que se mantienen lo hacen fuera del mercado, subsidiadas por el Estado.

SE ESTÁ DILAPIDANDO LA CUANTIOSÍSIMA RENTA PETROLERA EN VEZ DE SEMBRARLA EN EL PUEBLO

Ahora bien, no puede olvidarse que todo el carisma de Chávez hubiera sido insuficiente si no hubiera contado con unos precios petroleros altísimos y sostenidos. La responsabilidad histórica de este Gobierno hay que ponerla en que habiendo tenido los mayores recursos de la historia no solo no ha sido capaz de invertir y crear trabajo productivo, sino que lo ha destruido en grandes proporciones y nos ha hecho depender del petróleo como nunca. El mayor servicio que tenía que haber prestado al pueblo era haberle proporcionado trabajo altamente cualificado y congruamente remunerado como hizo la democracia en las dos primeras décadas. Y, en vez de eso, ha convertido al pueblo en una masa con la mano tendida hacia el Estado. En vez de invertirla, se ha dilapidado la cuantiosísima renta petrolera y nos estamos endeudando irresponsablemente con venta de petróleo a futuro para gasto corriente.

La pérdida de calificación y la dependencia son, independientemente de las intenciones, la muestra más palmaria del carácter antipopular de este Gobierno. No quiere al pueblo quien no lo ayuda a crecer, y nada hay que ayude tanto como el trabajo productivo y congruamente remunerado y la calificación continua; eso, unido a un sentido ético de autonomía responsable y solidaria. En vez de eso, el Estado ha encantado al pueblo con palabras altisonantes y huecas, sin contenido analítico. Y la prueba más contundente de la desconexión con el pueblo es, como pasó desde el primer gobierno de Carlos Andrés, pero en una proporción mucho mayor, la constitución de una verdadera boli-

burguesía en competencia y continuidad con la que existía. A pesar de la constante proclama, el pueblo vuelve a estar abandonado.

CONCLUSIÓN

De esta historia pueden extraerse dos conclusiones opuestas: la primera, que estamos al fin de un ciclo, el de los ensayos de algo distinto de la globalización vigente que, sin embargo, es el único camino aunque en él el pueblo como pueblo no pueda esperar nada porque en ese esquema ni siquiera existe el pueblo ni ninguna entidad social. Solo existen individuos que miran cada uno por sí mismo. Y, por supuesto, corporaciones mundializadas que dominan sin contrapeso sobre esa masa anónima de individuos aislados y enfrentados en la competencia. En este esquema solo cabe como relación con el pueblo el asistencialismo o, lo más, la promoción para que se tecnifique y deje de ser pueblo. Ésa no es nuestra conclusión.

Nuestra conclusión es que todos salimos ganando cuando nos reconocemos mutuamente. Y que en ese reconocimiento mutuo no ha fallado la mayoría del pueblo que todavía hoy clama por un entendimiento entre el Estado y la empresa privada, en el marco de una democracia social; los que han fallado son, desde los años ochenta, la burguesía y los partidos y, cada vez más, un Estado crecientemente ideologizado que se niega sistemáticamente a medirse por la realidad y vive de quimeras, amparado en la renta petrolera que ya no da para tapar la realidad de que no producimos casi nada porque el Gobierno lo desestimula.

Nuestra conclusión es la alternativa, tanto a las dos últimas décadas del siglo pasado, de tanto abandono del pueblo y tan infecundas, como al actual Gobierno, que coloca al pueblo en el centro de la escena pero, de hecho, lo sustituye, no lo deja crecer y lo vuelve dependiente. Hay que volver a lo mejor de las dos primeras décadas: democracia interclasista de corte social con altísima inversión, con trabajo productivo y congruamente remunerado y servicios a la altura de lo mejor del mundo; pero con más organizaciones de base que entonces, pero de base y no, bajo cualquier esquema, del Gobierno. ☉